

Una mesa global

XAVIER BATALLA

LA VANGUARDIA, 26.10.08

Los órdenes internacionales siempre han nacido de grandes crisis. Es una constante histórica: a cada grave revés para la humanidad, económico o militar, ha seguido el anuncio de una ambiciosa iniciativa diplomática con el propósito de evitar que la historia se repita. Así sucedió una vez derrotado Napoleón, cuando el congreso de Viena (1814-15) diseñó un concierto europeo con la intención de que no estallaran más guerras entre Austria, Francia, Inglaterra, Prusia y Rusia. Y así ocurrió el siglo pasado en dos ocasiones. La historia, como dicen que pasa en el infierno, está repleta de propósitos de enmienda.

El primer acto de contrición del siglo XX fue la Sociedad de Naciones, creada bajo los auspicios del presidente estadounidense Woodrow Wilson, un idealista. Pero el experimento, que pretendía resolver los problemas por las buenas, fue una contradicción ante la dureza de las cláusulas impuestas por el tratado de Versalles a Alemania. John Maynard Keynes, integrante de la delegación británica, pronosticó entonces que las condiciones dictadas a Alemania conducirían a otro conflicto. Y así fue.

Después de la Segunda Guerra Mundial, la ONU nació como ágora de la coalición vencedora y los objetivos que se fijó fueron ambiciosos: eliminar las causas de la guerra, la tiranía y la injusticia. Pero la guerra fría echó agua al vino de la posguerra, cuando se hablaba de consenso. Por eso, al hundirse la Unión Soviética en 1991, medio mundo esperó un

nuevo orden, pero nunca se convocó un congreso como el de Viena o una conferencia como la de San Francisco, donde se fundó la ONU.

Al hundimiento del sistema financiero internacional ha seguido ahora el anuncio de una ambiciosa iniciativa diplomática que pretende evitar que la historia se repita. El próximo 15 de noviembre se celebrará en Washington una cumbre a la que están invitados los países del G-20, grupo (las siete potencias occidentales más las economías emergentes, empezando por China) creado en 1999 y que hasta ahora sólo se había reunido a escala ministerial.

En Viena se diseñó un orden internacional que era europeo, como los conferenciantes. En Versalles fueron tres potencias occidentales (Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia) las que cortaron el patrón de lo que debería haber sido otro orden internacional. Y después de 1945, quienes decidieron fueron Estados Unidos y la Unión Soviética, lo que hizo que su posterior enfrentamiento permitiera hablar de la guerra fría como de un enfrentamiento Este-Oeste. Pero es ahora cuando se puede hablar realmente de una mesa de negociaciones a la que se sentarán Occidente y Oriente, hacia donde se está desplazando el poder económico. Vaya o no Zapatero a la cumbre convocada por un presidente caducado, todo el mundo comprobará que lo que llamamos orden o desorden internacional será un orden o un desorden no sólo atlántico. La mesa es global.